

**Suscripción:**

En Murcia,  
50 cts. al mes  
Provincias,  
8 reales tri-  
mestre.  
Pago adelan-  
tado.

# LA JUVENTUD LITERARIA

*Se publica los Jueves y Domingos.*

**Anuncios.**

Se reciben  
en la Admi-  
nistración de  
este periódico  
Comunica-  
dos, á precios  
módicos.

Año II.

Murcia 28 de Abril de 1889.

Núm. 36

Anuncio-tarjeta y periódico 4  
reales al mes.  
Número suelto 10 céntimos.

Redaccion y Administracion  
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-  
tores.  
La correspondencia al director.

## La Juventud Literaria.

### LOS BESOS.

«Todo es según el color  
del cristal con que se mira»

Simplemente considerado un beso, no es más que el acto de contraer los labios y su dilatación sobre la mejilla, la mano, etc; de la persona que lo recibe; pero examinado en su efecto, en su significado, un beso es la más hermosa demostración del cariño, es el emblema del amor, es el lenguaje sublime de las almas, siempre que emana de la fuente pura del sentimiento.

Las flores son mecidas por el viento y cruzan sus pétalos besándose; las olas se precipitan sobre la playa, ansiosas de besar la blanca arena; los soles, desde las regiones etéreas, envían los efluvios de su vida á otros mundos en besos de esplendorosa luz; todos los seres de la naturaleza, obedeciendo á una fuerza atractiva, parece que reconcentran su unidad relacionándose armónicamente con un beso.

Un beso, pues, como diría gráficamente Fernández y González, es un mundo de fantasías, un «universo en un segundo».

Un beso cambian al encontrarse los enamorados, enunciando esa impresión seductora que experimentan sus corazones inflamados por una pasión ciega, frenética, sin límites; un beso inolvidable se tributa al despedirse dos personas queridas, para que sus almas queden unidas por la cadena de la amistad; un beso ¡y á qué más alabanzas! estampa con ánimo febril sobre la frente de su adorado hijo la madre que no halla palabras capaces de expresar su alegría, su ilusión, su felicidad. En un beso se condensan todos

los pensamientos, todas las ideas, todos los afectos del hombre. Ahora bien; como éste, en su actividad voluntaria, recorre un círculo inmenso de simpatías y repulsiones, no es extraño verle en un lado desvirtuando lo mismo que en otra parte hiciera satisfaciendo su natural inclinación. Una vez que el hombre sale del inocente estado de la niñez y dá cabida en su pecho á las pasiones acarreadas por los desengaños, empieza y aprende á fingir, á cubrir con el velo abominable de la hipocresía sus resueltas intenciones.

Por eso el que á las dulzuras que tratamos de bosquejar en este artículo, sigan las amarguras y ridiculeces de algunos besos, según sean prodigados verdadera ó falsamente, á veces por el mismo sujeto. De consiguiente, presentamos la cuestión bajo dos diferentes aspectos, y seguimos examinándola en cuanto entra como factor la pureza, el desinterés, la abnegación.

Bajo esta fase se ofrecen los besos que instintivamente dan los pequeños en pago de sus cuidados á quien los acaricia, y los que, después de razonado y sano consejo, suelen dar á los jóvenes los ancianos reflexivos que quisieran infundir á sus hijos la vida que en ellos se extingue por momentos.

Adoptando como punto de partida el ardiente beso del niño, y como término el del viejo agonizante, tendríamos mucho espacio que abarcar y no menos excelsitudes que describir; pero como otra enumeración sería prolija, y aquí lo que conviene es concluir pronto, con el plausible objeto de no molestarlos, únicamente haremos unas ligeras delineaciones de los besos que, con seguridad, gustarán más á la mayor parte de los lectores.

Casi todos ellos me ayudarán á sostener que un beso es siempre el precursor de las situaciones más deliciosas. Nada hay comparable á la satisfacción que proporciona á un galanteador el ver correspondidos sus requiebros por el grato estremecimiento de los labios carmineos de una elegante coqueta, ni nada más deleitable que el conmovedor chasquido de un beso, transportado por la suave brisa, para el doncel que contempla en delirio amoroso á la prenda más deseada de su corazón, medio oculta tras el frondoso follaje de las plantas trepadoras que visten de verdor y flores los hierros de una reja.

Los poetas y los novelistas dedican toda su inspiración á la pintura del placer indecible que se disfruta libando la miel dulcísima de una boca donde se funden las almas dichosas de dos seres nacidos para ser felices.

Cortando aquí la primera parte de esta narración, afirmaremos que, así en las horas de gozo como en las de sufrimiento, lo mismo los encantos de la felicidad que los arrebatos de la pena, todo, absolutamente todo cuanto realizamos en la vida, concluye en un beso, ora salga entre sonrisas hechiceras, ora sea acompañado de ténues y abrasadoras lágrimas.

Pasemos, pues, á ocuparnos de esa infinita variedad de besos falsos arrancados por la adulación, exigidos por las costumbres y protegidos por la hipocresía, que caben dentro de una escala cuyo principio constituye el llamado «beso de Judas» y cuya conclusión es el que pudiéramos propiamente calificar de beso «social».

(Se continuará.)

